

APÉNDICES

APÉNDICES

№ 1

De la Arquitectura llamada Bizantina

(Véase pág. xviii)

LA religión católica, que en el asilo de las catacumbas y de las criptas conservó los restos de la pintura y escultura, y con el ardor de la fe hizo brotar de ellos gérmenes de vida y belleza nuevas, también salvó la arquitectura y la vivificó después; lo cual fué el más claro de cuántos testimonios han confirmado á través de los siglos que del altar nacen como de su mejor y primera fuente, toda civilización y todo Arte. Al sentarse Constantino en el trono de los Césares, tomó de la decadente y corrompida arquitectura romana lo que la verdad evangélica y la liturgia consentían; y si bien en algunos casos entró fuerte y sublime á echar los falsos dioses de sus templos y á santificar á éstos con la cruz, más frecuentemente escogió para casa del Señor las fábricas que la capital del mundo había destinado á la administración de justicia. La *basílica* romana, que asimismo servía de lonja de mercaderes, sencilla ó poco menos que desnuda en su exterior, extendíase sobre una planta rectangular, ya prolongada, ya cuadrada, dividida en su longitud por dos hileras de columnas en tres galerías, de la cuales la central, más ancha y alta, remataba hacia oriente en un recinto semicircular, que sobresalía de aquel lado recto y donde el tribunal residía.

Luego, pues, que la comunión cristiana estuvo públicamente organizada en

sus tres clases de sacerdotes, fieles y catecúmenos, las *basílicas* fueron cobrando una disposición arreglada á las ceremonias de la religión, y de esa época, mediados del siglo iv, data la existencia verdadera del arte católico. Un pórtico llamado *pronaos* ó *narthex*, y á menudo precedido del *atrio* que también iba rodeado de columnas á manera de claustro, recibía á los catecúmenos durante los divinos oficios: de allí una ó más puertas daban entrada en la *nave*, lugar reservado á los fieles todos, que hecha en las laterales la separación de los dos sexos prescrita por las constituciones apostólicas, recogían la palabra de Dios pronunciada desde el *ambón* ó púlpito; y en el recinto semicircular, que al oriente trazaba el *santuario* ó *ábside*, el *coro* de los sacerdotes rodeaba el altar erigido en el centro.

Ya los romanos habían en algunas de sus basílicas roto el plan del paralelogramo, pues sin duda para desembarazar el ábside y dejar espacio á los oficiales del tribunal, construyeron en el remate y junto al recinto semicircular dos cuerpos, que afuera resaltaban de las paredes de las naves, y dentro constituían otra nave transversal interpuesta entre ellas y el ábside. Los cristianos, aprovechando en tiempos posteriores esta disposición que venía á trazar un leve crucero, la desarrollaron en la forma mística que materializó en el edificio el sacrosanto Signo de la Redención humana. Dada la planta, las ruinas de las fábricas gentílicas aprestaron los materiales para erigir iglesias, y los troncos de columnas antiguas de mármoles los más preciados, ya mutilados, ya enteros, hubieron de sostener los degradados capiteles á que se las ajustó.

Entre tanto Bizancio crecía y se había transformado en Constantinopla, y la nueva capital de Oriente también se decoraba con multiplicadas fábricas religiosas, en su mayor parte, sino todas, fiel copia de las basílicas romanas. Así destrozado por los Bárbaros el ya vacilante imperio de Occidente, la ciudad de Constantino vino á ser durante larga temporada el asilo del Arte. La codicia imperial hacinó en ella los fragmentos más celebrados que arrebatada á las provincias, y la muerta idolatría de todas las naciones más famosas hubo de entrar como tributaria y vil destrozo en la edificación de la casa de Jesucristo. Mas ¡cosa extraña! allí donde las obras maestras de la Grecia convidaban á una imitación, las reglas del arte profano y sus modelos sufrieron la infracción que había de sepultarlas en el olvido hasta que, perdido en tiempos todavía muy lejanos el espíritu de fe, fuese celebrado su pretendido hallazgo como un renacimiento. El genio oriental acabó de desarrollar la forma cristiana entre tan contrarios elementos; y amalgamándolos con las tradiciones romanas, bien como en un pueblo nuevo cuyo principal núcleo era el cristianismo, dió otro carácter al templo y completó las diferencias que de la gentilidad para siempre habían de separarlo.

Si el panteón de Roma ostentaba la cúpula que coronaba su recinto circular ó cilíndrico, el género bizantino enseñó por primera vez al mundo en Santa Sofía cómo se la podía lanzar al aire sobre cuatro arcadas gigantescas; que es decir, cómo era dable construir un cuerpo esférico sobre un plano cuadrado. El techo de ensambladura hizo lugar á la bóveda; galerías superiores formaron un segundo piso reservado á las mujeres; y al fin la cruz, antes apenas indicada por los *calcédicos* ó cuerpos resaltados de junto al ábside, se dibujó clara, entera y limpia, y enviando desde un centro común coronado por la cú-

pula sus cuatro brazos iguales, engendró la denominación de *griega* con que en lo sucesivo habían de designarse las á ella parecidas.

Mas no tan sólo en la planta y en las partes constitutivas espiraba el arte antiguo, sino que en oriente y occidente iban alterándose más y más las secundarias, y los detalles y los ornatos se apartaban de los órdenes establecidos. Los orientales rompieron el arquitrabe que unía las columnas; y conservando el trozo que á cada una correspondía, inventaron esa bella coronación que á manera de un segundo capitel colocó entre este y el arco una grande imposta y favoreció á la ligereza. Sobre los fustes de pórfido, de verde antiguo, rojo y jaspe, el arte bizantino asentó capiteles cúbicos, casi tales como los debieron de dejar los artífices de la Grecia y Roma al desbastarlos; y una vez agradaído de esta forma, no labró en ellos las entalladuras profundas y difíciles de la antigüedad, sino que sembró en sus cuatro caras follajes caprichosos, líneas entrecruzadas, una explanación en fin de los elementos que aquella había mostrado únicamente en sus bajo-relieves.

De esta manera los mismos gérmenes que del Occidente había recibido en el siglo iv, se los devolvió en el vi ya desenvueltos, convertidos en modelo, y encerrando los principios de la idea á cuyo desarrollo pronto habían de lanzarse las naciones.

Dos centros, pues, ó mejor dos puntos de partida hay que señalar á la arquitectura cristiana ó bizantina: Roma y Constantinopla. Mas si esta transforma y funde los elementos que debió á aquella, al cabo viene á corromperse y desviarse cada día de la primitiva sencillez; y la otra, al recibirlos modificados, toma los que se adaptan al gusto, á la tradición y al rito, y los regulariza con la severidad grandiosa de sus lineamientos. Nunca se ven en esa la prodigalidad de cúpulas tan común á la segunda: las diferencias de entrambas liturgias griega y latina aumentan más y más las de entrambos estilos en lo general de las trazas; el romano vence, dura é influye en toda la cristiandad, y el bizantino se estanca ó no trasciende sino á otra arquitectura, que en las naciones orientales celebra el culto prescrito por el falso profeta. No es empero nuestro ánimo seguir la marcha y las alteraciones de aquel género, que después había de llenar de asombro á los cruzados, y que indudablemente, hecha Constantinopla uno de los mayores depósitos del comercio levantino, se introdujo en parte en Venecia, como ya en Rávena en el siglo vi, y envió artífices á otros países. Sólo intentamos presentar reunidos en estos breves apuntes los caracteres que á entrambos centros debieron las fábricas sagradas, especialmente de Cataluña, los cuales en casi todas las gentes europeas señalaron un género que para manifestar su doble origen debiera apellidarse con el nombre de ROMANO-BIZANTINO.

Convertidas por los bárbaros en reinos las que fueran provincias del Imperio, la religión de Jesucristo, que fué amansando su fiereza, les hizo volver los ojos á los edificios con que la mano del pueblo latino había querido perpetuar su dominación en la tierra. Á medida que las hordas se civilizaban, copiaban con los despedazados escombros del Imperio aquella mezcla de los dos elementos de Roma y de Bizancio; y el genio del cristianismo, reuniendo las piedras desparcidas, y favoreciéndose del vigor de esas generaciones fuertes y sencillas, poco á poco fué abriendo una senda progresiva hasta revelar en otros

siglos un nuevo arte. Godos, Lombardos, Francos y Germanos, todos copiaron las construcciones que en los países conquistados les eran motivos de asombro; é imprimiendo en sus obras el sello de su nacionalidad, de su clima, y aun de los recuerdos de las distintas regiones, los unos perseveraron fieles á la tradición romana, cuyos ejemplos herían su imaginación y sus ojos en las antiguas provincias, al paso que los otros en su suelo, apenas dominado por Roma, más adelante levantaron fábricas ya apartadas de aquella tradición y modificadas por su carácter y costumbres. Por esto también, bien que asimismo más tarde cuando las nacionalidades comenzaron á deslindarse, mientras esa arquitectura se apropiaba en la Lombardia la denominación de *lombarda*, en el norte de Francia *carlovingia*, *teutónica* en las riberas del Rhin, *anglo-sajona* en la Inglaterra, y en Normandía *normanda*; todo el medio día de la Francia la llamó con el nombre de *romana* ó *románica* (a), como si quisiera denotar que allí había echado hondas raíces la civilización latina, y que así como el idioma era otro de los que conservaban el germen de la lengua madre, de la misma manera los templos, los foros, los circos, los anfiteatros y los palacios medio destrozados todavía suministraban materiales y modelos á sus nuevos edificios. Mas, fuerza es decirlo, aunque hayamos de anticiparnos al orden cronológico de los hechos: al genio virgen y robusto de las razas del Norte les cupo la gloria de fecundar aquellos elementos; y cual si en su seno sintieran el impulso divino que las llamaba á dominar, á regenerar y á producir otra faz en la tierra, fuéronlos trabajando, si al principio toscos, informes y mezquinos, después cada día más proporcionados y ricos en detalles y molduras, más resplandecientes de esa originalidad que casi había de borrar las huellas de su antigua procedencia.

También en España la gente goda construyó con los despojos magníficos de las colonias y municipios, que ó su propia invasión ó la de los Suevos, Vándalos y Alanos, habían desolado; mas desgraciadamente la de los Árabes no dejó sino levisimas reliquias de aquellas obras, y empezando el largo período de resistencia, ataques y triunfos de que había de brotar como de cien raíces la monarquía, interrumpió de repente los progresos que en el arte de construir sin duda hubieran hecho los sucesores de Wamba, ya que en otras regiones su estilo mereció ser particularizado con el nombre de la raza. Con todo, los estragos del tiempo y de las guerras han respetado en nuestra Cataluña uno de los pocos monumentos que en la Península lo atestiguan.

En estos principios de la dominación arábiga subió al trono de la Francia Carlo Magno; sus armas triunfadoras llevaron la civilización á todas partes, rescucitó la memoria del Imperio; y mientras á su impulso benéfico y enérgico la sociedad se rehacía, las hordas germanas fueron sojuzgadas, contenido y vencido el ímpetu sarraceno, y la Italia dominada. Esta le enseñó las riquezas monumentales atesoradas desde el siglo iv, sus largas y profundas basílicas, sus *duomos* atrevidos, y sus rotundas; el trato amigo y no interrumpido jamás con Bizancio le trajo artistas y principios de aquella escuela; las obras de sus mayores y las ruinas romanas llenaba una porción del suelo francés; así, cual

(a) La denominación de románica es la que se ha adoptado generalmente en España.

otro Justiniano, pobló de fábricas su imperio, é inauguró otra época del Arte, pues si bajo el reinado de aquel emperador de Oriente la arquitectura bizantina se había elevado á modelo en el siglo vi, ahora en el viii Carlomagno, reuniendo con nuevo vigor los elementos primitivos á las modificaciones introducidas por las razas del Norte, fijaba definitivamente la que había de difundirse por toda la Europa. La historia ya ha consignado un gran número de los edificios por él levantados; y la tradición, fiel testimonio del sentimiento y de la gratitud populares, convirtiéndole en tipo de la civilización le ha atribuído la fundación inmediata de catedrales, monasterios y aun poblaciones en que jamás puso la planta, á la manera con que en los tiempos fabulosos diz que la mano heroica de Hércules, esotro tipo ó mito de los primeros esfuerzos de la humanidad, echó los cimientos de los reinos y ciudades hoy en día más famosos. ¿Por ventura no se ha pretendido ver su imagen imperial venerada en los altares? (1) Séanos sin embargo lícito indicar una de las partes de sus construcciones sagradas: aunque procuró cuánto pudo transportar á sus estados de Francia fragmentos de la Italia, la escasez de fustes antiguos de mármol hubo de sugerir el medio de reemplazarlos á veces con pilares cuadrados, á cuyas cuatro caras se arrimaron ó empotraron columnas de piedra; con esto se preparó el tránsito de los agrupamientos y combinaciones de ellas en torno de los machones, de que más tarde había de engendrarse el más rico, esbelto y armonioso de todos los pilares.

Extinguido este astro y su reflejo, que fué Ludovico Pío, nuevas invasiones y guerra interrumpieron los progresos del arte durante el siglo ix; mas el impulso había sido comunicado por un brazo sobrado fuerte para que tan pronto dejara de sentirse; y luego que los emperadores de la casa sajona en el último tercio del siglo x trabaron parentesco con los de Constantinopla y recibieron de allí obras y artífices, y así que con aquel siglo espiraron los temores del fin del mundo, el xi vino á señalar una tercera época de actividad y adelantamiento, y á porfía engrandeció el número de los edificios, reparando los antiguos, construyéndolos nuevos, y sobre todo perfeccionando y desarrollando más y más la idea y tendiendo con una constancia y energía siempre mayores á la más clara expresión del sentimiento, á la independencia de los elementos primitivos y á la originalidad.

Las razas germánicas establecidas en los países del Norte, como ya indicamos, fueron quienes mayormente beneficiaron la impulsión de Carlo Magno y añadieron originalidad á las imitaciones de los monumentos itálico-bizantinos; mas esa influencia también ejerció su poder en Cataluña, que amen de herma-

(1) Varios opúsculos de Cataluña mencionan la santidad de Carlomagno y su veneración en esta antigua provincia; y en particular hablan de ellas Fr. Gaspar Sala, en un *Sermón cronológico* de S. Jorge, y Juan Pablo Xammar, en su obra *Civilis doctrina de antiquitate et religione etc., ínclita civitatis Barchinonæ*, párrafo 5, número 21, de quien copiamos estas palabras: «nam et Carolus Magnus ut Sanctus colitur et in Sede civitatis Gerundæ altare sibi factum habet.» Ignoramos si después de escrita la obra de Xammar ha desaparecido el altar de Carlomagno (a).

(a) La estatua de Carlomagno ocupa aún un lugar en la capilla de los *Cuatro Santos Mártires* de la Catedral de Gerona. Sobre este curioso punto de la historia eclesiástica de Cataluña, véase: FITA, *Los Reyes d' Aragón y la Seu de Girona (La Renaixensa)*, año 1873, pág. 224.

na del Languedoc debía á los emperadores carlovingios la mayor parte de su restauración y luégo su completa independencia.

No creemos que esto aconteciese en el antiguo reino de Asturias ni en los principios del de León: la tradición goda allí no fué interrumpida, y perseveró con los varones generosos que desde aquellas montañas dieron comienzo á la restauración de la España. Encerrados en tan corto recinto, escasos ó totalmente privados del trato extranjero, enemigas casi todas las fronteras, así como no se desasieron de las costumbres de sus antepasados, tampoco debieron de olvidar su manera de construir, mitad romana, mitad bárbara, bién que la miseria y la turbación de los tiempos hubieron de forzarles á acortar de nuevo sus dimensiones. Al menos no se nota en las venerables fábricas ni en la historia de aquellos gloriosos reinos cambio alguno trascendental (1) hasta que en el postrer tercio del siglo xi el rey D. Alfonso VI, casando en sus tres nupcias con mujer francesa, introdujo nuevas personas de allende el Pirineo y aun de Italia, nuevas ideas y nuevos usos. Desde entonces en ellos como en la *Marca catalana* fueron comunes los adelantos que la arquitectura hacía en las demás naciones; y á la par del engrandecimiento de los estados españoles, los monumentos crecieron en número y en belleza.

El Arte caminaba hacia el último período de su perfección cada día con más rapidez, y los sucesos secundaban su desarrollo, si ya no eran su principal fundamento. La Iglesia católica, que templaba la rudeza del feudalismo, avivaba el celo de los poderosos, y á favor de las comunidades monacales endulzaba la suerte del pueblo, suavizaba las costumbres, poblaba y beneficiaba las tierras, difundía los conocimientos, y profesaba las Artes de que era el mejor depósito. Ya poseyesen los monjes los secretos de la construcción y del ornato, ya empleasen artifices legos, sus prelados dieron el ejemplo de actividad, las cúpulas y los campanarios despuntaron en las florestas y trajeron vida á los despoblados, y las ciencias y la noticia de la antigüedad fueron enseñadas en el retiro del claustro. En este mismo siglo xi los monjes difundieron el conocimiento de las matemáticas, que si abrieron al juicio humano nuevas sendas, no trajeron menos ventaja al Arte; y cuando estos gérmenes de cultura habían producido una animación y una fermentación no vista en la baja edad, con las Cruzadas la Iglesia despertó á la Europa de su letargo, abrió comunicación entre diversos países, creó nuevos centros de negociación y riqueza, dió impulso á la navegación y al tráfico, hizo conocidos los usos y los edificios de los principales pueblos de Oriente y de Occidente, acabó de poner de manifiesto las varias nacionalidades, hirió al feudalismo, y favoreciendo la emancipación de ciudadanos y burgueses, robusteció el poder benéfico del trono.

Así ya á principios del xii la arquitectura hizo alarde de mejor belleza y limpieza en el plan y en los detalles; sus proporciones se fueron ajustando más y más á las leyes de la armonía; y su ornamentación, en que trasciende no poco del gusto oriental, ya bizantino, ya arábigo, desplegó un lujo de riqueza y variedad que después no fué jamás vencido. Adelgazándose toda la fábrica y

(1) Véase la obra *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España desde su restauración*, por el Excmo. Sr. DON EUGENIO LLAGUÑO Y AMIROLA, discurso preliminar y Sección primera:—JOVELLANOS, *Elogio* de don Ventura Rodríguez y *notas*.

subiendo á mayor altura, ya no estaba lejano el completo desarrollo de la forma á que con tanta fatiga y lentitud tendía: la elaboración aumentaba en rapidez á medida que su fin se aproximaba; y si antes sólo las tradiciones del claustro ó escasos artifices profanos habían intervenido en ella, ahora ya todas las inteligencias, que el nuevo orden de cosas hacía brotar de todas partes, trabajaban en su total perfeccionamiento, y con un vigor admirable, dote de la raza germánica, marcaban los progresos. En las ciudades y en las villas, ensanchadas y libres, las catedrales y las parroquias comenzaban á rivalizar con las espléndidas abadías; y recogiendo cuántos modelos éstas atesoraban, les imprimían un sello de vida, originalidad y atrevimiento hasta entonces desconocidos, el cual era un claro indicio de que el Arte como la civilización, fuertes por sí mismos, abandonaba su asilo tradicional, y en vez de símbolo de la clase sagrada, ó por mejor decir, monástica, iba á ser la expresión del sentimiento religioso y de la poesía de todo el pueblo.

¿Valiérale más al Arte no crear el tipo ojival que romper la cadena de la tradición, que lo enlazaba con el origen del Cristianismo, y aun con el imperio y con la Grecia? Cuestión es esta muy para tratada con el espacio y pulso que no consienten estas apuntaciones generales; mas si el lector recuerda nuestro respeto y amor vehemente á la tradición, que en todo lo humano es el más fuerte vínculo, bien podrá adivinar de qué manera la resolveríamos. El ingenio, cuando ha sacudido el yugo saludable de la fe, de unos principios consagrados y de un tipo sancionado por los siglos, ó por mejor decir, por la religión; pronto, demasiado pronto recorre toda la carrera señalada á los inventos del hombre: no hablamos de la época actual destituida de fe y de un tipo, ó más claro de arquitectura. Ley funesta del progreso en las artes de la imaginación parece ser que la decadencia ande pegada, si así puede decirse, á la mayor perfección; mas siempre que el espíritu de independencia se introdujo en alguna de ellas, y haciéndola dominio común la arrebató á la raza sagrada ó monástica que bajo una inmovilidad aparente la iba haciendo más monumental de cada día, aquella ley aparece más cierta, la época de la perfección entonces pasa velocísima, y más que funca junto á ella suelen asomar la corrupción y la muerte. La arquitectura inda persevera durante los siglos de la antigüedad y pasa á engendrar las de otras gentes: ¿cuánto tardó en decaer la griega, llevada al apogeo de su belleza por el espíritu libre y fecundo de las repúblicas, y ya destinada á obedecer el lujo y la comodidad privada? La flor gótica, apenas abierto su seno delicado y purísimo, exhala todo su perfume, y abriéndose más y más sus hojas, convidando á todas las manos, pierde poco á poco su primitiva unidad y robustez, y al fin se aja y encorva, labrando la separación de la escultura que á favor de aquella independencia la ahoga y la esclaviza. Pero muy bien sabemos que las más leves de sus hojas, aun después de marchitas, bastan á traer á todo monumento animación y hermosura, como delicia y entusiasmo á todo ánimo generoso.

Como quiera que sea, así elegante y acabado el género *romano-bizantino* comenzó á principios del siglo xii á admitir la ojiva, que plana y gruesa, ya desnuda, ya acompañada de un cordón, siempre tímida é incierta, primero rebajada y luégo un tanto aguda, vino á señalar una época de tránsito, y sobre cuya introducción nada diremos, como á nuestro propósito no cumple. Este fué